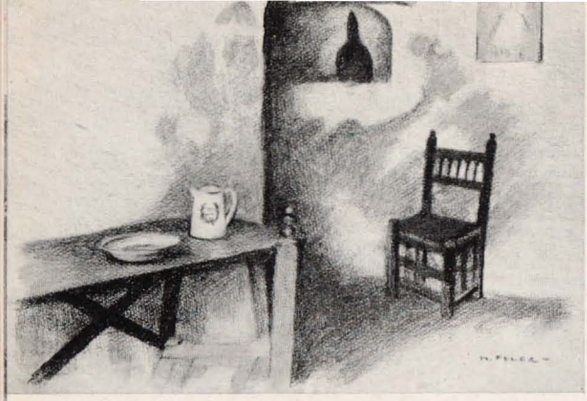


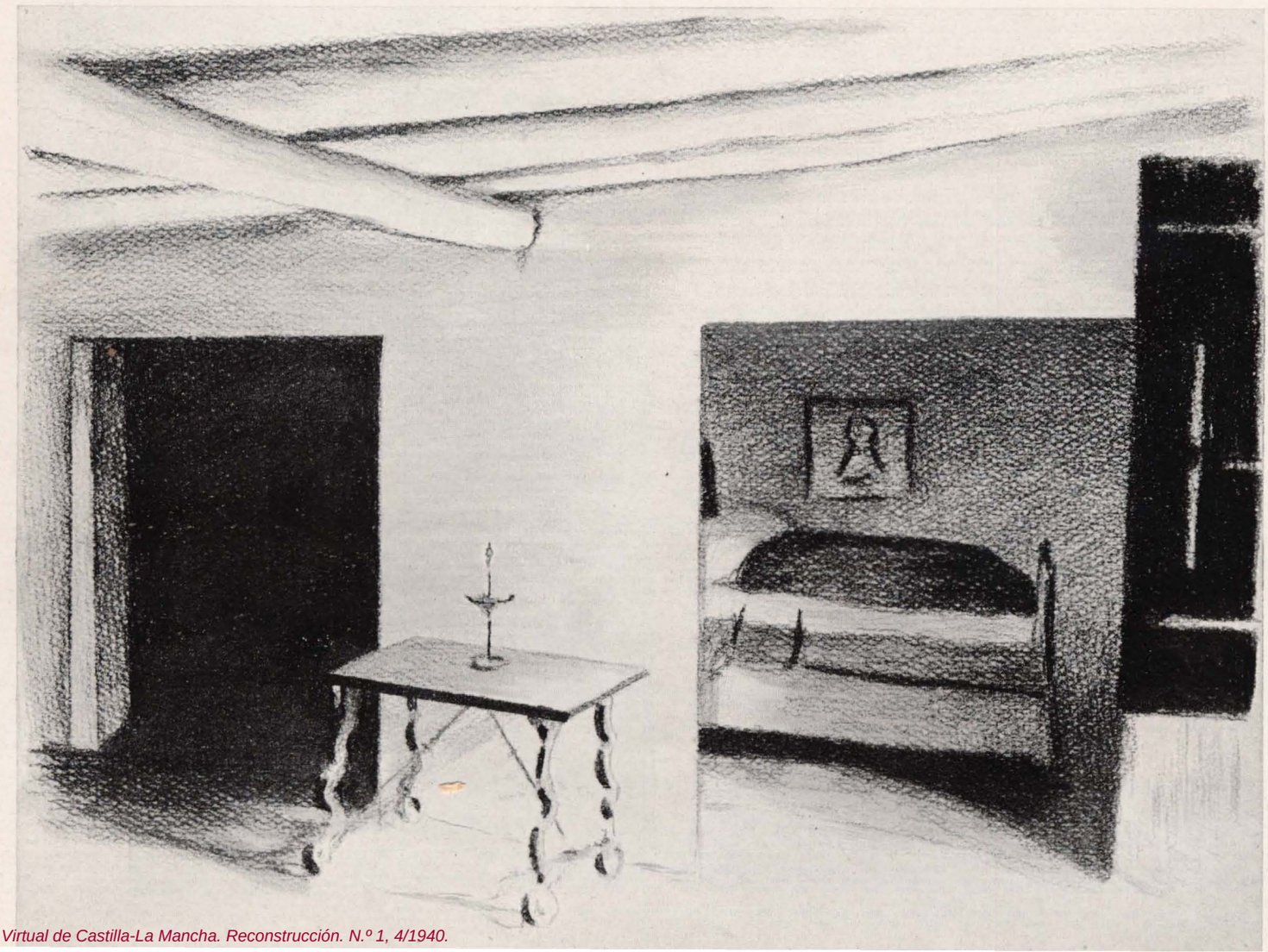
Interiores de una casa típica de labrador belchitano. (Dibujos de Mariano Félez.)

nes vuelan y truenan los cañones. Belchite es un infierno: sus casas se desmoronan a pedazos; las torres de sus iglesias —baluartes magníficos, como las de Zaragoza durante los sitios de la Independencia— están desmanteladas; la población civil arrastra una vida sórdida y espantosa en subterráneos y bodegas. Pero Belchite resiste a pesar de la metralla, del fuego y de la superioridad aplastante del número. Sólo cuando la artillería ha pulverizado literalmente una casa o una barricada sus defensores —si es que queda todavía alguno con vida— la abandonan, para hacerse fuertes en otra barricada o en otra casa. Paso a paso, el núcleo defensivo se reduce. Y cuando el invasor pone el pie en una nueva calle, sólo encuentra montones de escombros, que le ha costado centenares de vidas conquistar.

El 5 de septiembre, domingo, a los catorce días de incesantes ataques, sólo quedan en manos de la agotada guarnición, la plaza del Ayuntamiento, la Casa Consistorial y los dos o tres inmuebles aledaños; es decir, el corazón del pueblo. Los defensores han quedado reducidos a la sexta parte. Los víveres y el agua les faltan y las municiones escasean. Pero Belchite, con sus ruinas gloriosas, ha vencido: la ofensiva marxista ha sido contenida, Zaragoza está ya definitivamente a salvo y los refuerzos nacionales, a los que la defensa de Belchite ha dado tiempo para concentrarse, dan la batalla al grueso del Ejército rojo. Un mortero emplazado ante la Casa-Ayuntamiento hace explosión, y mueren sus sirvientes, y entre ellos el comandante Rodríguez Córdoba, alma, con Santa Pau, de la asombrosa resistencia.

Y entonces, en un inverosímil prodigio de energía, los quinientos supervivientes intentan un milagro: romper el cerco estrecho que les asfixia por todas partes y emprender la marcha hacia Zaragoza, a través del territorio enemigo. Exhaustos de fatiga y de sed, agotados por el calor y por la resistencia, pero clavada el alma en aquella España por la que están muriendo y cuya bandera aún flota al aire, rasgada en cien pedazos, sobre las ruinas desoladoras del invicto Belchite.

Empalmada la bayoneta al cabo del fusil y empuñada la bomba de mano, los quinientos valientes intentan por tres veces la rotura del cerco: primero, por la plaza de la Iglesia; luego, por la calle Mayor, hacia el Casino; finalmente, por el Callizo Ancho, hacia el Fe-



Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Reconstrucción. N.º 1, 4/1940.